

EN DISTINTOS ESPACIOS, LA CULTURA CIUDAD DE MÉXICO, SIGLO XIX

Laura Suárez de la Torre
(coordinadora y editora)

historia
social y cultural

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA
CONSEJO NACIONAL DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA

ÍNDICE

Estudio introductorio <i>Laura Suárez de la Torre</i>	7
La intimidad de los estantes. El espacio del libro en acervos novohispanos del siglo XVIII <i>Manuel Suárez Rivera</i>	22
Los nuevos tipos de anunciantes y los nuevos modos de anunciar. Los espacios publicitarios en <i>El Sol</i> y los libreros en la ciudad de México, 1823-1826 <i>Othón Nava Martínez</i>	54
En nombre de la cultura ¿nuevos espacios? Ciudad de México, 1821-1866 <i>Laura Suárez de la Torre</i>	86
Bailes de elite, espacios lúdicos de sociabilidad en la ciudad de México a mediados del siglo XIX <i>Javier Rodríguez Piña</i>	112
Un espacio moderno para la cultura. Las exposiciones de la Academia de San Carlos <i>María Esther Pérez Salas Cantú</i>	136

Un nuevo espacio para la audición musical. La Sala Wagner de la ciudad de México <i>Olivia Moreno Gamboa</i>	171
La adaptación y apropiación del espacio en el Conservatorio de Música, 1867-1909. El tránsito hacia su institucionalización <i>Áurea Maya Alcántara</i>	202
Las residencias de la Academia Mexicana de la Lengua <i>Freja Ininna Cervantes Becerril</i>	239
El espacio de la naturaleza en el aula y los museos escolares en las escuelas primarias de la ciudad de México, 1867-1911 <i>María Eugenia Chaoul Pereyra</i>	263
Índice onomástico, asociaciones y lugares	287
Sobre los autores	301

ESTUDIO INTRODUCTORIO

La ciudad de México se convirtió en el referente político, cultural y económico desde la etapa colonial. Allí se asentaron las autoridades virreinales, allí también estaban importantes instituciones comerciales, culturales y religiosas. Allí una población lectora demandaba los impresos que salían de las distintas prensas de la capital. Allí se encontraban los colegios con sus grandes edificios (de Todos los Santos, San Ildefonso, Santa Cruz de Tlatelolco), la Real y Pontificia Universidad, que al decir de Enrique González y González era “la fábrica de los letrados”.¹ Allí se abrió la Biblioteca de la Catedral Metropolitana (1534), más tarde denominada Turriana; posteriormente, la Academia de San Carlos (1784), el Jardín Botánico (1788) y el Real Seminario de Minas (1787) donde “se impartían las cátedras ilustradas de la época, que competían con la enseñanza tradicional de la Universidad”.² Todos estos espacios le otorgaban a la capital un liderazgo intelectual.

Esos centros se identificaban con una mayoría masculina que ejercía como profesores o que asistía para aprender y asimilar una cultura heredada de España y de Europa, cultura que encontró en esos recintos un medio para transmitirse y para divulgarse. Eran instituciones fundadas y organizadas durante la etapa virreinal que continuaron su vigencia durante las primeras décadas del siglo XIX; que se correspondían en currículo y programas con las de sus homólogas hispanas. Eran establecimientos restringidos a una elite de naturales y españoles –los hijos nacidos en estas tierras– que podían aspirar a formar parte de ellos, gracias a su estatus social y económico.

Si bien no sufrieron grandes cambios curriculares y de funcionamiento después de la independencia, sí se puede hablar de que estas instituciones

¹ González y González, “Colegios y universidades”, 2011, pp. 104-127.

² Marsiske, “La Universidad de México”, 2006, p. 16.

padecieron las consecuencias de una nueva situación en la que privarían ante todo los desajustes económicos y los vaivenes políticos que afectarían de alguna manera su desempeño cotidiano. Después de 1821, su presencia se consideró un vestigio del antiguo régimen, por lo que reformarlas fue una propuesta continua, aunque no inmediata, sino sujeta a distintas circunstancias como la disputa entre los grupos políticos que ostentaban el poder, las penurias económicas del nuevo Estado o el rechazo de la población a los cambios, entre otras muchas realidades.

Esas instituciones gozaban de un prestigio reconocido por quienes habían estudiado o trabajado en su seno y por aquellos que las consideraban indispensables por su labor como formadoras de teólogos, abogados, médicos, ingenieros y artistas. Mas el nuevo tiempo se preocuparía por replantearlas, o bien, ¿rediseñarlas? e instituir nuevas, labor a cargo tanto de las autoridades como de los particulares. Pues no hay que olvidar que los valores de una sociedad se mudan y se reflejan en la ciudad al ser esta un espacio significativo, un símbolo en sí mismo que atrae la atención hacia sus propias realizaciones.³

Parte del programa del nuevo país independiente, pensado desde la visión heredada o desde el enfoque liberal, estaba centrado en la modernidad, el progreso y la civilización, siguiendo los parámetros de ciudades como París y Londres con instituciones y avances médicos de vanguardia, con adelantos en las artes (litografía y siderografía –aplicación del acero a los usos del grabado–); con progresos tecnológicos como la lámpara de gas portátil, la iluminación en las calles, el telégrafo, o con vanguardias en la educación con la enseñanza mutua.⁴

El imaginario que se hicieron los políticos mexicanos lo forjaron a partir de las noticias que recibían y de las lecturas que hicieron. Buscaban instaurar estos ideales dentro de la idea de civilización y progreso que proyectaban del nuevo país que construían a partir de 1821. Lo asumían con el ideal de instituciones modernas, con un Congreso soberano, con libertad, paz y armonía entre todas las clases de sus habitantes; buscaban propagar la ilustración y la educación, la difusión de “los elementos, los principios y los métodos de la ciencia”.⁵ Y para todo ello se requería materializar los ideales

³ Lezama, *Teoría social*, 2002, p. 19, y Yi Fu, *Space and place*, 1989.

⁴ Periódicos de 1821 incorporan noticias relativas a estos temas. Véase, por ejemplo, la *Gaceta del Gobierno de México*, la *Gaceta Imperial de México* y el *Semanario Político y Literario*.

⁵ *Gaceta del Gobierno de México*, 21 de marzo de 1822. Periódicos como la *Gaceta del Gobierno de México*, *Gaceta Imperial de México*, *Gaceta del Gobierno Supremo de México* y *La Sabatina Universal* de 1821, 1822 y 1823 refieren como civilización lo arriba citado.

y crear espacios *exprofeso* en los que se propiciaran y se pudieran llevar a cabo estos cambios.

La ciudad de México, en tanto capital desde tiempos virreinales, se cimentaba en la otrora capital azteca, Tenochtitlan, y sobre esta se habían construido una serie de edificaciones destinadas a las tareas de gobierno, servicios, educación y cultura que el nuevo tiempo independiente mantendría en su estado original o que, al pretender instaurar cambios, las destinaría a otra vocación, muchas veces distinta de la original. Cabe enfatizar que la ciudad no es sólo el contexto de las actividades, sino que es parte constitutiva de la acción social. El espacio urbano lleva en sí los lugares que contiene y conllevan un significado. Los lugares manifiestan una valoración “legal, política o social”, como refiere Certeau.

A partir de la idea de espacio, nos propusimos mirar a la capital no simplemente para reconocer los lugares en los que se generaba cultura, sino para percibir cómo se materializaban, cómo se reconstruían en un tiempo y adquirirían un sentido para los actores sociales. Es cierto que en un principio fue la elite quien lo ocupó, lo transformó, lo utilizó, lo reconoció por su función. Y es que la ciudad de México se convirtió en un punto de confluencia de una elite local, pero también de una elite provinciana, originaria de distintos puntos del país. La suma de ambas constituía la clase política, la elite culta, la que tenía frente a sí la puesta en marcha de proyectos culturales orientados hacia la configuración de un país moderno. La ciudad de México abrigaría a lo largo del siglo XIX una serie de proyectos culturales que serían acogidos en distintos espacios otrora coloniales o construidos para estos fines. Propuestas culturales que apoyaba la elite, la misma que organizaba, definía y asistía a esos espacios, mismos que conforme fue avanzando el siglo XIX tendieron a democratizarse.

Las ciudades, a lo largo del tiempo, se transforman y van definiendo distintos lugares con tareas específicas. Cuentan con una serie de referentes que se vuelven simbólicos y representan sitios de poder, cultura, esparcimiento, residencia, placer. Se les reconoce por su estructura material, pero ante todo por los fines a los que sirven. Conllevan toda una carga de significados y símbolos construidos a lo largo del tiempo y sus habitantes los reconocen por las prácticas que en ellas se llevan a cabo, por la carga simbólica que contienen. No obstante, estos no permanecen inmóviles en un sentido lato, pues un mismo espacio puede cambiar su vocación. De ahí que podamos hablar desde una perspectiva cultural de la reutilización y de resignificación del espacio en el tiempo, en concordancia con las necesidades de una sociedad. Un proceso continuo de remplazo de visiones, como

señala Michel de Certeau, una acción creativa de los hombres sobre los espacios sociales.⁶

El espacio se encuentra en íntima relación con los actores, pues allí tiene lugar la materialización de las prácticas sociales, que tienden a la institucionalización. El lugar indica orden, y, por lo mismo, implica estabilidad.⁷ El vínculo que existe entre el espacio, el tiempo y la vida social es un fenómeno que se percibe en la dinámica de las ciudades. El espacio deviene en un lugar, dado por el orden, que adquiere el sentido que se le otorga y que es reconocido por la sociedad. Como define Certeau, “espacios sociales más abiertos a la creatividad y a la acción del hombre”,⁸ es decir, experiencias practicadas.⁹ Una creación histórica que se transforma en el tiempo, siempre en relación con un determinado contexto que ayuda a comprender la función que ocupa en un momento definido.

La ciudad de México, justo después de la declaración de independencia, experimentará una readecuación de los lugares en función de la nueva vida política que se estrena y que arrastra a otras expresiones de la cotidianidad. El cambio en la nomenclatura, por ejemplo, del Real Palacio a Palacio Nacional ressignifica un espacio que por siglos se había hallado vinculado con el orden colonial y que, sin alterar su función, acogió a las nuevas autoridades políticas y fungió como la residencia de los nuevos gobernantes, los del México independiente, representando otro ideal. Nada cambió, pero todo cambió.

La importancia que representó la independencia se expresó en algunos lugares de la capital que se reconocieron por sus funciones reasignadas, en tanto representación de un nuevo tiempo. El país y sus instituciones se orientaron hacia nuevos objetivos que se pusieron en marcha, muchas veces, en un ambiente poco propicio (enfrentamientos políticos, crisis financieras, reacomodo a la nueva realidad política, por ejemplo). Se perseguía, en este nuevo tiempo, la instauración de una serie de ideales y aspiraciones encauzados hacia la modernidad, el progreso y la civilización que contemplaban expresiones políticas, económicas y culturales. En estas últimas centramos nuestra propuesta que, unidas a los espacios, dieron pauta para el desarrollo de distintos temas en los que se articularon ciertos lugares con la vida cultural de la capital mexicana en el siglo XIX.

De ahí que este libro busque reflexionar acerca de distintos espacios que vincularon a los habitantes de la ciudad de México con la cultura. Para

⁶ Harvey, *La condición de la posmodernidad*, 1998, p. 238.

⁷ Certeau, *La invención de lo cotidiano*, 2006, p. 129.

⁸ Harvey, *La condición de la posmodernidad*, 1998, p. 238.

⁹ Certeau, *La invención de lo cotidiano*, 2006, pp. 129-130.